

## 4. La “brega legal”: humillación y oposición en el trabajo

*Yo quisiera trabajar legal.*  
Primo

Todos los miembros de la red de Ray, incluso él, poseen amplia experiencia en trabajos honrados. Casi todos ingresaron al mercado laboral legal a edades excepcionalmente tempranas. A los doce años ya empacaban bolsas en supermercados, almacenaban cajas de cerveza en bodegas locales o trabajaban como mensajeros. Sin embargo, al alcanzar los veintiún años de edad, ninguno de ellos había cumplido el sueño de encontrar un empleo estable bien remunerado.

El problema es estructural. Como señalé en el capítulo 2, desde los años cincuenta hasta finales de los ochenta, los puertorriqueños asentados en zonas urbanas estaban atrapados en el rincón más vulnerable de la economía estadounidense, que empezaba a abandonar la industria y a orientarse a los servicios. Entre 1950 y 1990, el porcentaje de trabajos industriales en Nueva York decreció dos tercios mientras que el del sector de servicios se duplicó. El Departamento de Planeamiento Urbano calcula que entre los años sesenta y principios de los noventa, más de 800 000 plazas industriales desaparecieron, al tiempo que el total de empleos en todas las categorías permanecía estable en alrededor de 3,5 millones.<sup>1</sup>

Sociólogos y economistas han mostrado que esta reestructuración de la economía estadounidense ha derivado en mayor desempleo, menores ingresos, el debilitamiento de los sindicatos y un dramático empobrecimiento de las condiciones laborales en los empleos básicos. Sin embargo, pocos estudiosos han tomado nota de los trastornos culturales que ha provocado esta transformación. Con la insólita expansión del sector de finanzas, seguros y bienes raíces (FIRE, por sus siglas en inglés) en Nueva York, los trabajos de oficina del distrito financiero se han convertido en la opción predilecta para los jóvenes ambiciosos de la *inner city* que aspiran a mejorar su situación socioeconómica. Una vez allí, empleados como fotocopiantes, mensajeros o carteros, es común que sostengan un penoso enfrentamiento con el mundo de la clase media alta. Las normas culturales dominantes en los rascacielos neoyorquinos chocan frontalmente con las definiciones de dignidad personal que defiende la cultura callejera, especialmente los varones, cuyo proceso de socialización suele condicionarlos para rechazar toda manifestación pública de subordinación.

## DESACATO, DESIDIA Y AUTODESTRUCCIÓN

Contrariamente a mis expectativas, los vendedores de drogas con los que interactué no se habían retirado por completo de la economía legal. Más bien, como mostré en el capítulo 3 al examinar la experiencia laboral de Willie y Benzie, que abandonaron sus empleos para convertirse en vendedores y consumidores de *crack*, casi todos ellos penden precariamente de las orillas de la economía legal. La pobreza es la única certeza que poseen conforme alternan entre la venta de *crack* al por menor y una larga sucesión de empleos legales de salario mínimo. Los puestos que logran conseguir son invariablemente los menos apetecidos. En los años en que los conocí, los empleados del Salón de Juegos trabajaron como extractores de asbestos, repartidores de volantes, cuidadores de casas, cocineros freidores y vigilantes nocturnos en el servicio de alta seguridad del hospital municipal para psicóticos delincuentes.

La mayor parte de estos intentos de ingresar al mercado laboral legal acabó en el despido, pero ellos concebían el retorno al narcotráfico como un acto de resistencia voluntaria y un triunfo del libre albedrío. Un llano rechazo de la explotación los impulsa a regresar a la economía del *crack* y al consumo empedernido de drogas. Al mismo tiempo, recurrir a la venta de *crack* no es de ningún modo una decisión tan triunfal y deliberada como ellos pretenden. Primo es un buen ejemplo de un traficante que solía expresar frustración por su incapacidad para conservar un empleo legal estable. La primera vez que me manifestó tal parecer fue poco tiempo después de recibir la primera condena de su vida por vender *crack*, cuando el supervisor del régimen de libertad condicional lo obligó a acudir a una agencia de colocación laboral. Detrás de la ira que sentía por las pésimas condiciones de trabajo que le ofrecieron, Primo albergaba un profundo temor de que la ineptitud y la desidia fueran sus mayores problemas.

*Primo*: [tritadura cocaína con un billete de un dólar en el cuarto trasero del Salón de Juegos] La mujer que me asignaron como supervisora es una imbécil. Quiere que yo trabaje como guarda de seguridad. Y yo no quiero ser ningún gualdián. Yo no quiero lidiar con locos que se quieran meter a robar. Yo dejo que se metan y se roben lo que quieran. ¡Te lo juro! Lo único que te dan es un bastón y sólo te pagan una vez por semana. Por mí que se roben cualquier cosa.

Esa jodía asesora me dice [imita un quejido burocrático]: "Mientras mejores sean tus calificaciones, mejor va a ser tu trabajo". Pues que se joda porque yo voy a seguir buscando por mi propia cuenta.

Ayer tuve una cita en una compañía que ella quería que yo visitara, una empresa que limpia las sábanas de los hoteles y ese tipo de cosas, servicios de habitación. Así que fui, nada más pa echar un vistazo, pero me di cuenta que los que bregan allí son un chorro de mexicanos. Y yo no soy un jodío mexicano.

El primo mío tiene un trabajo; él ha estado allí como tres años ya. La semana pasada me dijo: "Primo, vente conmigo y le hablamos al *boss*". Pero no pude ir a hablar na porque me dormí. Puse el reloj y todo pero no escuché la alarma [inhala cocaína].

*Philippe*. ¿Por qué no consigues un trabajo cualquiera sólo por ahora, como el que tiene tu hermana en McDonald's?

*Primo*: ¿Tú sabes por qué yo no me ajoro por encontrar trabajo? Mira, yo tengo veintiséis años. Si yo me apresuro y en vez de encontrar trabajo con un sindicato me embalo a bregar en McDonald's, eso sólo muestra que yo me abalancé sobre un McDonald's pa guardar las apariencias.

¡Un pana de veintiséis años en McDonald's! Tú no ves tipos de mi edad cuando vas a McDonald's.

Cuando uno ve a alguien mayor es porque esa persona no tiene educación, no tiene escuela superior, nada de nada. No sabe hablar inglés. O sea, mi inglés es malo, pero yo hablo mejor que los que trabajan en Burger King.

*Philippe*. Pana, lo único que tú haces es inventar excusas.

*César*. [interrumpe, casi enojado conmigo] ¿Tú sabes cómo llamo yo a los trabajos de Burger King o McDonald's? Yo los llamo esclavitud.

Y yo sé lo que te estoy diciendo porque yo he trabajado allí. En McDonald's te explotan y te pagan pésimo. Puedes trabajar tiempo completo, una semana, cinco días por semana, y te vas pa tu casa con ciento treinta o ciento cuarenta pesos más nada.

¿Y tú sabes cuál es la jodienda? Que no sólo te explotan y te pagan pésimo, sino que tú tienes que... Quiero decir, ¡cuando te digo que te explotan y te pagan pésimo! Tienes que freír las jodías hamburguesas, tienes que mapeal; tienes que hacer tanto trabajo pa ganarte una paga de porquería.

[Extiende la mano para tomar el billete con la cocaína y cambia el tono con una sonrisa burlona] A mí me da *pereza* buscar trabajo decente. Eso es todo. No me viene en gana pasar por todos los procesos. Yo no me voy a meter en un empleo de porquería pa después volverme loco enfogonado por la paga, por lo que me ponen a hacer hasta que aparezca algo mejor.

Piénsalo bien: si tú tienes un trabajo de porquería, ¿con qué tiempo vas a ir a buscar uno mejor? Bregas todo el día. ¿Vas a faltar al trabajo pa ir a una entrevista, pa que te digan que te llamarán más tarde?

[Le hace una señal a Primo para que hunda la llave en el montón de cocaína] ¡Ey, Primo! ¡Aliméntame!

Y por eso tú pierdes el salario de un día y eso te acerca todavía más al infierno porque no tienes chavos pa comprar perico [sonríe malévolo e inhala de la punta de la llave con cocaína que Primo le sostiene bajo la fosa nasal izquierda]. Y si yo no me puedo ennotar como a mí me gusta los fines de semana... [aspira de nuevo; fuertes risas mutuas].

*Philippe*: ¡Okey, okey! Te entiendo, C-Zone. Pero en serio, Primo, tú tienes un juicio en estos días.

*Primo*: [inhala] Tienes razón, yo estoy inventando excusas, pero el lunes voy a ir otra vez a la agencia pa darle seguimiento. Debe ser que ya me acostumbré a bregar en la calle porque ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve un trabajo legal.

La semana pasada me mandaron a una sastrería pero no me gustó. Yo no quería ponerme a medir hombres. ¿Tú estás loco? No es pa mí eso de tocar hombres por todas partes.

Aun así pude haber durado más de dos semanas. Ésa no es la única excusa. El problema es que yo me seguía amaneciendo en el Salón de Juegos y me tenía que levantar por la mañana pa ir a trabajar.

*César*: [lo consuela] Naaa. Yo visité la tienda. Ése no es un lugar pa empezar una carrera.

*Primo*: [cabizbajo] Yo hice un chorro de estupideces. Escogí venirme de allá pa acá y sigo metido acá.

*César*: Sí, en estos días yo me siento perezoso; sencillamente quiero despertarme a la jodía hora que me venga en gana. Lavarme las bolas y salir a la calle empanzado por toda la comida que hay en mi casa, y janguear con el corillo, y escribir rimas [de rap] y relajar en el piso de arriba y ganarme mis chavos de porquería.

Ves, yo me mantengo fuera de problemas mientras vendo piedra porque me la paso relajando con Primo [le hace una indicación a Primo para que prepare más cocaína]. Lo que me jodió cuando yo tenía trabajo limpio es que yo fumaba pipa. Eso fue lo único que me jodió.

Porque, en serio, yo estoy feliz con mi vida. [Aspira] Nadie me fastidió. Recuperé el respeto.

Abuela me quiere mucho. Tengo una mujer. Tengo un hijo. Yo me siento completo. A la verdad no necesito más nada. Tengo chavos pa

arrebatarme [aspira de nuevo]. Todos los días yo bajo al primer piso y trabajo para Pops, y no me llevo nada de lo que me gano pa mi casa porque al día siguiente los chavos no me hacen falta. Así que voy y me pongo *high* pero mañana no me hacen falta chavos, porque vuelvo al Salón de Juegos, trabajo, me gano los chavos y eso me permite fumar pipa otra vez [le hace una señal a Primo, que hunde la llave otra vez en el montón de cocaína].

*Philippe*: [se ríe] ¿Por eso es que tienes los zapatos tan sucios?

*César*: La única razón por la que yo no tengo zapatillas nuevas es porque tengo que tomar una decisión: o ahorro chavos pa comprarme unos chambones o me ennoto y me enfiesto. Y por ahora, sea como sea, yo me voy a arrebatall [vuelve a inhalar coca].

Los chavos que yo me gano en el Salón de Juegos son pa mi locura personal, pa alimentar mi propia drogadicción y autodestrucción. Yo y más nadie soy el que decido qué hacer con ellos. Nadie me puede decir qué hacer.

Son pa que yo me pueda lastimar por dentro, pa despeltarme todas las mañanas con el estómago torcido, hecho un nudo, enfermarme y vomitar y no poder comer ni respirar y tener churras, y andar cagando por toas partes, y estar jodido, y tener un ojo rojo y el otro blanco, y el pelo apestoso, y odiar a mi mujer y odiar a todo el mundo por la mañana. Eso es lo que me pasa a mí la mañana siguiente [vuelve a inhalar].

Pero después me tranquilizo y vomito y cuando vuelvo al Salón de Juegos ya me siento bien. Aquí la pasamos bien y rompemos cosas [señala el sitio donde estaba el televisor; le abre la puerta a un cliente del Salón que toca a la puerta]. Fastidiamos a los clientes, insultamos a los clientes. Insultamos a los clientes en español frente a sus narices, les jodemos el cerebro, les vendemos drogas de polquería pa ganarnos nuestros chavos [acepta diez dólares y entrega dos ampollas de crack] y entonces podemos ir a comprar drogas de porquería [señala el billete doblado con cocaína sobre la rodilla de Primo] y despedarnos a nosotros mismos y hablar una inmensa cantidad de pendejadas [señala mi grabador].

*Philippe*: ¿Y qué pasa con los chavos que te podrías ganar regularmente si tuvieras un trabajo limpio?

*César*: La mujer mía está pendiente de mí y me da comida, porque a ella le dan *welfare* y cupones pa alimentos. En unos meses a mí otra vez me empiezan a dar trescientos pesos mensuales del seguro social y eso va a ser suficiente pa todo lo que yo necesito.

Yo me metí en un lío porque el gobierno se dio cuenta que yo tuve un trabajo legal y me cobraron mil quinientos pesos de impuestos. Me van a sacar el jugo unos meses hasta que mi SSI\* lo pague todo.

### LOS PRIMEROS EN SER DESPEDIDOS, LOS ÚLTIMOS EN SER CONTRATADOS

Ninguno de los miembros del círculo de Ray se consideraba una víctima. El nicho que ocupaban en la economía clandestina les impedía reconocer que la sociedad dominante los juzgaba social y económicamente superfluos. Fui testigo de una de las mayores batallas de Primo contra el trágico reconocimiento de su profunda vulnerabilidad económica al seguir de cerca uno de sus intentos de reingresar al mercado laboral legal, esfuerzo que desafortunadamente coincidió con la recesión que afectó a la economía estadounidense entre 1989 y 1991. Al principio, Primo tenía plena confianza en que encontraría trabajo: "He tenido como diez trabajos en mi vida. Me salí de la escuela a los dieciséis y he trabajado siempre. Cualquiera morón puede encontrar trabajo por ahí". Incluso sentía una suerte de placer al tomar el metro por la mañana, maravillado ante lo "sanos y bien peinados" que lucían los pasajeros con empleos legales.

Primo sufrió una larga serie de rechazos categóricos. Pese a que los periódicos en esos días publicaban una avalancha de artículos eufemísticos acerca del "apaciguamiento del mercado laboral" y la "pausa temporal del crecimiento de la economía estadounidense", Primo culpó a su asesor de colocación de empleo.<sup>2</sup> Desafiante, "despidió" a su asesor:

*Primo:* Pa mí que este canto de cabrón en el centro de trabajo, el asesor de empleo, estaba drogao. Siempre que yo me reunía con él tenía los ojos rojos. Perdió todos mis papeles. Lo asignaron a que me ayudara y no tenía ni la menor idea de quién yo era. Me mandó a un fracán de lugares, y nada.

El pana ése pasaba arrebatado. El día que perdió mis papeles se puso a buscar mi archivo por toda la oficina. Es un idiota, pana, porque ese archivo era bien grueso. Todos los exámenes que yo había hecho estaban allí.

\* Supplemental Security Income: beneficio que otorga el gobierno a personas con bajos ingresos y recursos limitados. [N. del T.]

Yo le dije: "Tal vez usted no es mi supervisor. ¿Por qué no le pregunta a otra persona?".  
Y él me dijo: "No, yo tengo su carpeta. No sé qué se hizo".  
Tenía una montaña de carpetas y yo con la esperanza de que buscara por allí y encontrara la mía, pero nunca apareció. Fue como si yo nunca hubiera existido.

Un mes después, tras otra serie de rechazos, la confianza de Primo cayó en picada y su consumo de drogas se intensificó. Vivía en carne propia la sensación de impotencia que las fuerzas impersonales de la oferta y la demanda les imponen a los obreros vulnerables en períodos de recesión:

*Primo:* Supongo que se ha vuelto complicado conseguir trabajo. Antes era fácil, aunque pa mí que este centro TAP [Centro de Evaluación, Valoración y Colocación, por sus siglas en inglés] me manda a los sitios equivocados.

Yo le dije a mi asesor: "¿Por qué usted no me manda a un sitio donde no haya mandado a nadie el día anterior, pa que me contraten? Porque cuando usted manda a una pila de personas, ya se sabe que no me van a contratar".

Pero yo creo que mi asesor tiene un trato con los jefes pa que les mande el puñado de personas a la vez. Así ellos pueden escoger al mejor. Y eso me está malo, pana.

Yo me le quejé: "¿Por qué usted no les dice: 'Solamente podemos mandar a una persona, porque no tenemos más. No tenemos muchos clientes?'".

Pero, en cambio, el tipo me mandaba a mí y a todos los demás. Eso te jode las posibilidades. ¿Cómo es eso que uno tiene que reñir pa conseguir trabajo?

Antes los TAP eran mejores. Siempre que me mandaban a una compañía, fuácata, me contrataban, porque no enviaban a un puñado de gente. ¡Te lo juro!

En 1990, la caída estrepitosa del número de empleos básicos en el mercado laboral legal tomó a Primo por sorpresa. La recesión no sólo le dificultó la búsqueda de empleo, sino que lo llevó a percatarse de las restricciones particulares de la nueva etapa de vida en que se encontraba: pronto sería demasiado viejo para competir por los trabajos que había desempeñado cuando era adolescente, época en la cual abandonó la escuela e ingresó con entusiasmo a la fuerza laboral legal. Ahora, a sus veintiséis años, su historial de trabajo legal tenía una larga interrupción difícil de justificar al solicitar empleo. Acabó inte-

riorizando la marginación estructural. Entró en pánico y cayó en espiral hacia la depresión mental.

*Primo:* Me equivoqué, Felipe. Yo pensaba que era fácil conseguir trabajo.

Escuché en las noticias que hay una depresión... una recesión económica, una vaina así. Y yo pensé para adentro: "¡Coño! Eso va a joder no sólo a los que bregan pal Estado, la municipalidad o el gobierno federal, eso también nos jode a gente como yo, gente que no tiene especialización, como yo. Esto va a estar bien cabrón".

No poder encontrar trabajo me hace sentir como un mamao. Porque a veces la gente piensa que yo soy un manganzón porque me viene en gana.

Pero uno se cansa de estar sin nada que hacer. A mí me gusta ser útil, sentir como que valgo algo. Estar sin trabajo me hace sentir mal, pana.

Quizá consciente de que las conexiones personales suelen ser útiles para obtener empleo, Primo empezó a invitar a Benzie, su único ex colega del Salón de Juegos que tenía un trabajo estable, a pasar más tiempo juntos. Dicho y hecho, Benzie comenzó a contarle a Primo sobre la posible desocupación de un puesto en la cocina del gimnasio del barrio rico al sur de East Harlem donde trabajaba. Un 23 de diciembre, Benzie invitó a Primo a la fiesta navideña del gimnasio con la esperanza de presentarle a la supervisora, pero Primo llegó tarde, horas después de que se marcharan los gerentes y administradores. Únicamente pudo conocer a algunos de los conserjes que se habían quedado terminando de beber el ponche. Más tarde esa misma noche, rodeado de cerveza, cocaína y heroína en la escalera del residencial público donde vivía con su madre, Benzie le reprochó a Primo el haber arruinado su mejor oportunidad de conseguir empleo. En el transcurso del diálogo, Primo descubrió los inconvenientes del puesto y con quiénes debía competir:

*Benzie:* ¿Tú te acuerdas de El Gordo, el goldito ése que estaba en la fiesta? Bueno, ése es el que estoy tratando de que boten pa que tú cojas el puesto que él tiene.

*Primo:* Pero ése lo único que hace es fregar los platos.

*Benzie:* [un tanto inquieto] Yo sé... yo estoy con él atrás. Yo estoy a cargo de él y todo lo hace mal. Yo lo trato de corregir, pero él no se toma el trabajo en serio.

Yo le digo a mi supervisora que yo conozco a una persona que de veras quiere trabajar. Pero es que ella es blandita con él, porque le tiene pena. Y yo le tengo pena también porque sé lo que él tiene.

*Primo:* [suspica] ¿Cómo, "lo que tiene"?

*Benzie:* [ignora la pregunta] Pues mira, Pops, lo que tú tienes que hacer es fregar platos, pero te pagan seis pesos la hora, y no hay ningún otro lugar que de entrada te pague seis pesos por fregar platos. Lo más que te dan son cuatro o cinco pesos.

Y después de un año te dan una semana de vacaciones...

*Primo:* [interrumpe] Contéstame. ¿Qué tiene El Gordo? ¿Por qué le tienen pena?

*Benzie:* [avergonzado] Bueno, es lento, tú sabes, entonces trabaja un poco raro...

*Primo:* [preocupado] ¿Qué quieres decir con que es lento?

*Benzie:* Es decir, es lento de mente. Tiene una discapacidad. [A la defensiva] Mira, pana, yo sólo te estoy tratando de ayudar.

Quedaba claro que el colega de Benzie que sufría de retraso mental era más competente que Primo para el puesto de lavaplatos. Mientras tanto, en esos meses, la vida personal de Primo comenzaba a desmoronarse. Llevaba meses alojándose en el cuarto de su novia, María, que vivía en el departamento de su hermana en el caserío ubicado frente al Salón de Juegos. La hermana de María huyó a Connecticut con su marido y sus tres hijos después de que el socio narcotraficante de su marido apareciera muerto de un disparo en el automóvil familiar. Primo y María asumieron la responsabilidad del alquiler, pero fue en esta época cuando Ray disminuyó los turnos de Primo a dos noches por semana y, para colmo, las ventas no marchaban bien. María consiguió empleo en un restaurante de comida rápida, pero el salario no era suficiente para solventar las necesidades de ambos. Primo, carente de opciones, les tuvo que pedir limosna a su mamá y sus hermanas.

*Primo:* María empezó a bregal en Wendy's esta semana, pero gana ochenta y pico, noventa y pico pesos semanales netos. El *welfare* que le dan es una porquería, no llega ni a cuarenta pesos por quincena. Son treinta y siete pesos y un par de centavos porque los cajeros le quitan un poco. Acho, es una porquería lo que le dan.

Pero yo y María nunca pasamos hambre, porque si no tenemos nada que comer en casa de María, yo me voy pa la casa de mi mai, o donde mi otra hermana que vive aquí en la cuadra.

A veces la mai mía me ayuda. Me da veinte pesos, tú sabes. De vez en cuando me da cupones, más o menos una vez al mes.

Pocas semanas después de esta conversación, el Instituto Neoyorquino de Vivienda desalojó a Primo y María por no pagar el alquiler. Debieron separarse,

y ambos regresaron a vivir con sus respectivas madres en dos complejos habitacionales del Instituto de Vivienda en El Barrio.

#### LA INTERIORIZACIÓN DEL DESEMPLEO

Durante los meses siguientes, la estrategia principal de Primo consistió en negarse a reconocer que el mercado laboral legal le había cerrado las puertas definitivamente. Acrecentó su consumo de alcohol y drogas y arremetió contra su novia, la única persona sobre la cual todavía ejercía poder. Cuando María perdió el empleo en Wendy's, Primo reaccionó con sermones cuya lógica subvertía los roles sexuales tradicionales respecto al trabajo asalariado, aunque a la vez insistía en mantener el monopolio del patriarca sobre la disciplina familiar.

*Primo:* Yo tengo que abusar verbalmente de esa jeba porque no hace nada por sí misma: terminar la escuela o algo por el estilo. Siempre quiere quedarse en casa dándome besos y acurrucándose conmigo en vez de hacer algo productivo.

Pero yo lo manejo bien. Yo me la paso diciéndole que busque trabajo. Ya la voy a hartar de tantos sermones que le doy.

Yo creo que María debería trabajar en un McDonald's, pa que acumule la experiencia que va a necesitar en el futuro, tú sabes. Pero ella que no y que no. Yo la amenacé que si no consigue trabajo, yo me voy a dejar de ella.

Yo le digo: "Vete pal *counseling*, llama por teléfono". Pero ella nunca llama y se olvida del asunto.

A largo plazo, el mecanismo de defensa de Primo consistió en refugiarse en las filas de quienes los economistas llaman —con un eufemismo— los "obreritos desmotivados", individuos a quienes los datos oficiales ni siquiera clasifican como desempleados. A mediados de los años ochenta, un número cada vez mayor de sociólogos comentaba "la caída en picada" de la tasa de ocupación laboral entre los puertorriqueños residentes en Nueva York. Primo fue parte de este proceso. A pesar de que la tasa masculina de ocupación laboral se estabilizó para el censo de 1990, en ese año, entre todos los grupos étnicos estadounidenses, los puertorriqueños superaban únicamente a ciertos sectores de los nativos norteamericanos.<sup>3</sup>

*Primo:* Me ha ido mal buscando trabajo. No me han cogido en ningún sitio. Ni siquiera como portero en Woolworth's, que paga cuatro

pesos con cuarenta la hora. Cuatro pesos es una porquería y ése es un trabajo con un sindicato.

Así que creo que yo no voy a conseguir trabajo por mucho tiempo, porque yo no pienso trabajar de gratis. Y, para ser honesto contigo, tampoco pienso trabajar por cinco pesos la hora. De por sí no me cogen en los trabajos que pagan eso, como quiera.

Ya no tengo ganas de hablar de eso, Felipe.

No tiene sentido que yo despeldicie tantos chavos en pasajes pa ir a todas esas entrevistas y que luego no me cojan. Fui a muchos lugares y ya me cansé, Felipe. Así fue como acabé de nuevo en el Salón de Juegos.

De hecho, Primo sí tenía ganas de hablar de ello, pero únicamente después de tomar suficiente alcohol e inhalar suficiente cocaína y heroína como para admitir sus más íntimas preocupaciones. Willie, su anterior vigilante, ahora recluta militar, había tenido franco durante este período difícil y al atardecer los tres acostumbrábamos ir al patio de una escuela cercana para discutir nuestros problemas personales. Nos agachábamos entre las trepadoras y los pasamanos, aislados de las ráfagas de viento y de las luces policiales para que Primo y Willie pudieran colocar sus paquetes de diez dólares de cocaína y heroína sobre dos gruesos troncos de madera diseñados para juegos de niños. Como amigo de Primo, me preocupaba el aumento en su consumo de alcohol y drogas y deseaba verlo enfrentar sus problemas. Irónicamente, en mis grabaciones de los depresivos diálogos entre Primo y Willie, que eran prácticamente confesiones al estilo del "fluir de la conciencia", se escuchan de fondo los gritos de los "joseadores" con los nombres de las marcas de heroína que estaban a la venta en el patio escolar: "Terminator", "Black Power", "DOA" (*Dead on Arrival*, Muerto al llegar), "Rambo", "Tóxico". Este patio de recreo era uno de los puntos de heroína más dinámicos de Manhattan y al mismo tiempo la sede central del Distrito Escolar de East Harlem.<sup>4</sup>

*Primo:* Okey, okey, Felipe, entiendo lo que tú dices. Yo me la paso dándome palos y esnifeando perico.

Tú dices que estoy deprimido. Pero cuando yo estoy bajo la influencia, lo que siento es que no hay nada que me importe un carajo. Tal vez hoy me vomite y me salgan las tripas, pero mañana será otro día. Mañana es el día siguiente. Voy a estar sobrio y voy a tener tiempo pa pensar [inhala heroína y me pasa un cuarto de Bacardi].

*Willie:* ¿Tú sabes cuál es tu problema, Primo? [inhala]. Que tú no tienes esperanzas. Tú no tienes trabajo. Uno tiene que estar entusiasmado por algo pa tener esperanzas.